A la orilla del lago hermosas huertas,
Donde el melon extiende
Sus frescas, verdes guias;
Y entre las pardas hojas,
Nacaradas, dulcísimas sandías.
Mas allá se contemplan
Agostando los pastos abundantes,
Pintorescos ganados
Que mujen por las tardes
Tambien por los amores animados.
Aquí se mira la robusta vaca
Al tierno becerrillo amamantando,
Y al ligero novillo que las piedras
Y espesos matorrales va saltando.
Tras él se ve al vaquero que al galope
Tiende á su cuello el lazo tan temido,
Y al animal valiente,
Que al sentirse vencido,
Las manos dobla y la altanera frente,
Y espumas arrojando cae al suelo,
De horrible rabia y de dolor henchido.

Distínguense á lo lejos,
Atravesando á escape los caballos,
Alto el cuello, fogosa la mirada,
La crin flotante y larga cual poblada.
Numerosos rebaños, que balando,
Pacen en la llanura,
Se ven alegres de placer saltando.
Con el cántaro al hombro, por la loma
Van lindas mozas con desnuda planta,

De redonda cintura,
Torneados los brazos y garganta;
Moreno rostro, blanca dentadura,
Negros cabellos y brillantes ojos,
Rojas mejillas y los labios rojos.
Todo es hermoso aquí sobre este suelo," etc.

¿Qué puede, en efecto, apetecer un corazon ardiente y virtuoso, que se encuentra rodeado de los objetos de la mas dulce ternura? Aquí se ve palpitar la inspiracion que emana de la naturaleza, en cuya expresion guarda todo el perfume y todo el colorido brillante de su orígen. *Los tiernos garbanzales, la verdinegra milpa, las frescas guias del melon, las pardas hojas de la nacarada y dulcísima sandia,* son frases verdaderamente poéticas, cuya novedad no ha arredrado á Esther, para expresar con la mas completa exactitud los objetos que tiene á la vista, y á los cuales conserva toda la gracia y todo el fuego de un paisage tropical.

La esposa y la madre se presentan en esa serie de composiciones, que forman por decirlo así, una época en la vida de Esther. Jóven y hermosa todavía, el genio de la poetisa ha madurado bajo el calor vivificante de ese doble amor que santifica á la muger, porque en él se cifra su elevada mision. No son las aspiraciones vagas de una imaginacion que sufre y se devora á sí misma, sin poderse dar cuenta de su destino; es el corazon que se desborda en la plenitud del sentimiento; que comprende la vida con sus goces y penas á la luz de una filosofía, que no por ser mas definida y precisa, disminuye en nada los arrebatos de la fantasía, que por el contrario, modera en su vuelo, dándoles una direccion cierta y nutriéndolos con el sano alimento de una razon despreocupada.

VIII.

En nuestro siglo y en nuestro país la poesía religiosa ha llegado á decaer del puesto distinguido que ocupó en otro tiempo: las ideas y el espíritu de exámen han ido demasiado lejos, para que pueda sentirse satisfaccion, en las formas que no hace muchos todavía, daba la piedad de los escritores á sus pensamientos. Sin embargo, mucho se engañaria el que creyese que estamos condenados á vivir en las heladas regiones de la incredulidad y el materialismo; si así fuera, seria preciso reconocer que lo que se llama civilizacion no es mas que un expléndido retroceso. El hombre es un ser naturalmente religioso; el espíritu humano tiende por su propia virtud á una esfera superior á la de los fenómenos que hieren los sentidos; no se cansa de buscar las causas metafísicas de esos fenómenos; no se satisface tampoco con vivir del presente; investiga las leyes de su propio destino, tanto antes de su nacimiento como despues de su muerte; no puede quedar tranquilo en los estrechos límites que encierran su existencia actual, y todos sus pensamientos, todas sus tendencias, llevan el indeleble sello del infinito, porque solo en él pueden satisfacerse.

Que las ideas cambien, que las formas se modifiquen, que las creencias se trasformen, todo eso, lejos de debilitar, robustece lo que dejamos dicho; cuestion de desarrollo, cuestion accesoria que en vez de desmentir presupone las condiciones esenciales del alma. No es, pues, la negacion sistemática un indicio de superioridad, á no ser en el sentido de la duda metódica, que no puede admitirse como un estado

definitivo, sino como un simple periodo de tránsito á concepciones mas rectas y depuradas en un órden trascendental.

En vano se buscaria en el horizonte límpido que recorre la inspiracion de Esther, esa negra sombra de la duda, que extiende un velo de muerte sobre la inteligencia y el corazon; pero tampoco se hallarán esos arranques de tétrico misticismo, vicio en que caen las almas creyentes pero poco ilustradas, que no tienen una razon bastante despejada que las guie y las sostenga. Alzándose sobre ese antropomorfismo grosero que da al Ser Supremo las mezquinas proporciones de la creatura, se expresa, al hablar de Dios, con esta elevacion digna de un Pascal:

"Fuente es de inteligencia,
Asiento de eternal sabiduría,
Fecundo manantial del pensamiento
De toda inspiracion y poesía.
Causa de todas causas, infinito,
Incomprensible orígen
De todo cuanto existe y ha existido,
¡Siempre es, nunca será, cual nunca ha sido!"

Pero esas concepciones metafisicas despiertan los mas dulces sentimientos de gratitud y de ternura: los encantos de la naturaleza, sus bellezas inagotables, elevan el corazon de la poetisa al orígen de los seres que la cercan, al Autor de las maravillas que contempla, y exclama en *El Himno de la mañana*:

"El ave interrumpe sus cantos de amores,
Y aromas recoge la brisa al pasar,

Y á Dios se levanta cargada de olores;
Purísimo incienso que el campo le da.
"Y el césped que humilde se extiende en el suelo,
El árbol, las flores, las aves y el sol,
Levantan unidos sus frentes al cielo,
Y acordes un himno dirigen á Dios."

IX.

Las composiciones intituladas *David* y *Job*, sus traducciones de Víctor Hugo, Novalis, Campbell y Anna Karsch, su imitaciou de Fray Luis de Leon, indican que Esther no se ha dado por satisfecha con su propia inspiracion, sino que ha ido á beber en las mejores fuentes, y que ya sea imitando ó traduciendo, ha sabido conservar el carácter de los modelos que ha elegido, sin que por eso se descubra ningun esfuerzo que desluzca el pensamiento, ó haga violencia al genio de la lengua y poesía españolas.

X.

Por el rápido exámen que hemos hecho, puede verse que hay dos rasgos salientes y característicos en las composiciones de Esther, y son la gala y verdad en las descripciones, y la filosofía del pensamiento; ellos se encuentran así en la poesía fugitiva como en la religiosa y elegiaca, revelando en su

conjunto la lozanía y elevacion de una fantasía verdaderamente creadora. Diremos, sin embargo, algunas palabras sobre las composiciones especialmente descriptivas y filosóficas.

Entre las primeras tomaremos desde luego un cuadro intitulado *Costumbres nacionales*, interesantísimo por su gracia y originalidad. La escena pasa en una hacienda, en cuya puerta se halla parado Miguel, preparándose á ensillar los caballos de su amo. Miguel es un mozo guapo, de elevada estatura, de pecho levantado y robustas espaldas. Lleva el traje nacional: camisa blanca y fina; calzoneras de gamuza, abrochadas con cintas de seda verde y botones de plata; banda colorada de burato; anchísimo sombrero de palma, en cuya copa se enrosca graciosamente una toquilla de paja en forma de culebra. A la sazon pasa cerca de él, Candelaria, moza vivaracha de ojos y cabellos negros. Su vestido se compone de unas enaguas bordadas con hilo rojo, encima de las cuales baja un bello castor que permite descubrir un pié desnudo y una bien formada pierna: lleva ademas terciado coquetamente un fino rebozo; largas sartas de granates en la garganta, y un cántaro al hombro en el que va á conducir agua.

Como deja comprenderse, Miguel se queda extático ante semejante aparicion; se le cae el cabestro; el caballo se escapa, y mientras que Candelaria sonrie con burla al sentir el efecto que ha causado su presencia, él salta sobre otro caballo para ir á alcanzar al brioso alazan que corre alegre por el campo. La carrera del caballo es descrita con tal viveza que no podemos abstenernos de reproducirla:

"Ya va por los campos, ya corre, ya vuela,
Y alegre en el viento sacude su crin;

Y alzando orgulloso su cuello enarcado,
Se mira inflamada su abierta nariz.

Erguida levanta la frente altanera;
Empapa la tierra de espuma tambien;
Y piedras, y arroyos, y ramas saltando,
Parece que el suelo no toca una vez.

Se para un momento y escarba la tierra,
Y salta y relincha; le anima el placer;
Su cuerpo agitado revuelca en la yerba,
Y en la agua tranquila refresca su sed.

Y corre de nuevo, y el pecho levanta,
Y alegre en el viento sacude su crin;
Dirije do quiera sus ojos de fuego;
Parece que dice: soy libre por fin."

Miguel se adelanta al caballo y le alcanza cerca de un arroyuelo; tiende al aire la soga que lleva enrollada; la hace girar tres veces, y la cuarta cae ciñendo el cuello del alazan.

"Miguel triunfante se vuelve
A encontrar á Candelaria,
Y ella le da satisfecha
Su sonrisa y su mirada."

Como se ve, Esther no se ha desdeñado de pintar las costumbres de nuestro pueblo, embelleciéndolas con su fértil imaginacion. Ella ha obedecido los impulsos de su inspiracion, sin hacerle fuerza para seguir un rumbo determinado; de aquí proviene esa espontaneidad con que corren sus versos y sus imágenes, ocupando cada cosa el lugar que naturalmente le corresponde.

XI.

De otro órden, aunque no de menos mérito es *El Templo de la Inmortalidad*, composicion alegórica de que procuraremos dar la idea mas breve posible.

En medio de un caluroso dia descubre la poetisa desde una eminencia, un suntuoso edificio que se encuentra al fin de un camino largo y difícil, que se abre al través de una pendiente montañosa, cercada de horribles precipicios, donde no se ven flores, árboles ni fuentes, sino espinas y zarzas que destrozan la planta de los viajeros.

Estos se ven ademas, atacados por una serpiente colosal y espantosa, que se enfurece al ver su triunfo, y cuya ira crece en proporcion de la paciencia, valor y audacia que despliegan los caminantes. Tras ella se arrastra otro reptil, no menos horrible, aunque ciego, lo que le hace ser menos furioso, pero igualmente soberbio y atrevido. Con tales encuentros algunos viajeros se apartan temblando al dar los primeros pasos: otros desmayan en mitad de la pendiente, siendo muy pocos los que logran llegar al fin. Esos mónstruos son la Envidia y la Ignorancia, que persiguen con encono al verdadero mérito. Sigue luego la descripcion del templo, rodeado de olivas y laureles, y en donde se respira un perfumado ambiente. Allí están en tres magníficos tronos, tres bellísimas mugeres: la Inmortalidad, la Gloria, y la Fama, cuya corte formada de genios se extiende por las espaciosas y ricas galerías. La poe-

tisa quiere penetrar al interior del edificio, pero la Justicia con faz airada la detiene diciéndole:

"Solo se llega aquí por el camino;
Vuelve hácia atras y emprende la jornada."

Ella se aparta en efecto, y avergonzada se pone á llorar á un lado del camino. Entonces se le acerca la Esperanza que acaricia su cabeza y con voz angelical la alienta y le explica todo lo que ha visto. Hace una enumeracion de los filósofos, poetas, sabios, guerreros y artistas que ocupan ya su lugar en el templo, hacia donde se encaminan otros, entre los cuales divisa á nuestra célebre Peralta, y concluye así:

"La vírgen dijo y se alejó volando;
Una angustia mortal llenó mi alma,
Y me aparté llorando del camino
Do se fué la ilusion con la esperanza."

XII.

Acerca de las composiciones filosóficas harémos especial mencion de *Las Flores*, que es un bello paralelo entre esos seres tiernos y delicados, y las mugeres, cuyo destino moral es descrito con esa melancolía que se desprende de la contemplacion de una verdad amarga; *Las dos Almas*, fantasía á la cual hemos hecho ya referencia, y que bajo distinta forma expresa el mismo pensamiento que la anterior, y la oda moral *A María*, feliz imitacion de Fray Luis de Leon, en que ha sabido conservar el mismo giro de la frase y la misma estructura métrica del inspirado lírico español, lo que indica un estudio profundo de aquel excelente modelo. A este género pertenecen tambien los dos lindísimos apólogos intitulados *Gratitud* é *Ingratitud*, en que bajo el modesto ropage de sencillas imágenes, hallamos pensamientos elevados que conmueven dulcemente.

XIII.

Por el somero exámen que hemos hecho, el lector se convencerá sin dificultad que las composiciones poéticas de Esther, merecen con justicia el puesto que les ha asignado la estimacion pública.

Dotada de un corazon ardiente, de una imaginacion fecunda, de un carácter tierno y bondadoso, la jóven autora ha encontrado inagotables inspiraciones en su propia alma, en la naturaleza que la rodea, en los profundos principios de una moral dulce y humana. Su vida práctica corresponde enteramente á la idea que se refleja en sus bellas composiciones: buena hija, tierna esposa, excelente madre, amiga dulce y afectuosa, es el mas encantador ornato del hogar doméstico, haciendo las delicias de todos los que se le acercan.

Retirada á un lindo y humilde pueblecito del Estado de Jalisco, su posicion la ha colocado como centro de una familia respetable, poniéndola en contacto con las clases que sufren. Esta circunstancia ha hecho que dé libre vuelo á los nobles instintos de su corazon; ella ha procurado que la instruccion se propague, trabajando por la creacion de escuelas, é inician-

do toda idea benéfica para los desvalidos que encuentran á su lado el consuelo que prodiga un alma tierna y filantrópica. Todo esto es hecho sin ostentacion, sin esfuerzo, porque en Esther es tan natural hacer un bello verso como una buena accion, y se puede decir que su vida prática no es mas que la traduccion de la vida ideal en que mora su inteligencia bajo la triple inspiracion de lo bueno, lo bello y lo verdadero. La patria, directamente interesada en las glorias de sus hijos, tiene mucho que aguardar del fecundo ingenio de Esther, en quien el deseo de una gloria legítima, el afan incesante de saber y la tendencia irresistible á ser útil á sus semejantes, la harán enriquecer nuestra literatura con obras que aseguren su reputacion, inscribiendo su nombre entre los que honran á México, esta patria querida, cuyo amor sublime es un verdadero culto en el alma inspirada de Esther.

Mexico, Marzo de 1871.

J. M. Vigil.

A MI HIJO.

A tí, en quien he reconcentrado todos mis sentimientos, dedico estas páginas, que no son mas que su expresion sencilla y natural.

Solo por tu amor me he decidido á publicarlas, pues se ha despertado en mí el deseo de dejarte un recuerdo algo mas duradero que un manuscrito.

Si alguno de mis lectores encuentra censurable que yo publique obras de tan escaso mérito, le suplico que me lo perdone, en gracia del sentimiento que me guia.

Quien haya probado el grande y purísimo amor que inspira un hijo, comprenderá y disculpará mi debilidad.

Tú, hijo mio, conserva este recuerdo como una ofrenda del amor de tu tierna madre.

ESTHER.

Ocotlan, Julio 29 *de* 1870.